

# "Lo primero que quiero que usted diga es que FIDEL CASTRO está en la Sierra Maestra"

—encargan a la prensa los dos americanitos que retornaron de las montañas orientales.

**M**ICHAEL Garvey y Vic Buehlman, par de chiquillos traviesos capaces de inquietar a un régimen con sus románticas andanzas, vuelven de la Sierra Maestra con propósitos bien definidos: decir que Fidel Castro permanece rebelde en las montañas y tomar helados de chocolate, única privación molesta en ochenta y cuatro días de aventura.

—Lo primero que quiero que usted diga es que Fidel Castro está en la Sierra Maestra y que tie-

ne mucha gente.—proclamó Buehlman a manera de mensaje inicial, apenas producido el encuentro.  
¡Todo fue una travesura!  
Garvey y Buehlman subieron a la montaña con pretensiones heroicas, inspirados más en la pantalla cinematográfica que en convicciones arraigadas. Y han bajado como vencedores, entre cintillos periodísticos y flashes fotográficos en otro capítulo espectacular en la biografía reciente de la cordillera embravecida.

Travesura de honda trascendencia política inspirada más en la pantalla cinematográfica que en convicciones arraigadas.— Vuelve la montaña silenciosa a la actualidad criolla.— "Oí hablar de Fidel cuando desembarcó en Oriente".— Rebelión romántica e incontrolable aventurerismo.— La cordillera puede estallar en cualquier momento.— "Nosotros queremos ser revolucionarios".

por CARLOS M. CASTAÑEDA  
Con la cámara de BOB TABER.



Michael Garvey es más joven, pero es un informante más preciso. Consumada la travesura de la Sierra Maestra sonríe satisfecho desconociendo aun cuál será la reacción de sus padres. "Solo cumplí con mi deber", recalca, vivida la aventura de la montaña.



Victor Buehlman sale de su sueño despierto de ser héroe; inspirado más en la pantalla cinematográfica que en convicciones arraigadas. Impresionado aun por el rebelde de la Sierra Maestra dice: "Fidel es la personalidad más recia que he conocido"...

## EL HOMBRE QUE ENTREVISTO A FIDEL EN EL PICO TURQUINO

**B**OB Taber, más flaco y sin maleta alguna, tomó el último viernes el primer avión de la mañana consumada la proeza periodística de realizar una entrevista televisada con el rebelde Fidel Castro en el Pico Turquino.

—Es mi tarea reporterial más sensacional, —me dijo poco antes de embarcar el veterano periodista de la Columbia Broadcasting System con experiencia en los conflictos de Argelia y el Viet-Nam, así como en la caída del gobierno del Coronel Arbenz.

Taber, que estuvo tres semanas en el campamento rebelde y consiguió la vuelta de los americanitos Vic Buelhman y Michael Garvey, también tomó centenares de fotografías en blanco y negro, así como en colores que vendió a la revista Life.

La entrevista televisada con Fidel Castro se transmitirá por la CBS en un programa a todos los Estados Unidos el domingo 19, en que también se brindará la entrevista radial. Taber tomó más de 3,000 pies de película sonora a los insurrectos orientales.

Taber vino a Cuba por primera vez a la sazón del frustrado asalto al Palacio Presidencial y gestionó en Santiago de Cuba la entrevista con Fidel Castro por televisión, que logró semanas después. La CBS envió un cameraman, un sonidista y un iluminador para realizar sus informaciones de televisión.

—Fidel me pidió celebrar la entrevista junto a un busto de Martí en el Pico Turquino... Ese día se izó una bandera cubana y se hicieron disparos al aire...

Taber comenzó su carrera periodística como reportero de policía de un servicio metropolitano de noticias en New York en 1945. Trabajó más tarde en varios periódicos pequeños de las afueras de la ciudad y en 1950 se unió a la CBS.

Su primer gran éxito periodístico lo consiguió prediciendo con exactitud la rebelión en Guatemala en 1954, a donde llegó tres semanas antes de producirse la revolución comandada por el Coronel Carlos Castillo de Armas.

Más tarde estuvo en Viet-Nam y en Argelia, donde reportó las guerras de guerrilla.

Taber, nació en Chicago, tiene 38 años y es veterano de la II Guerra Mundial.

BOB TABER.

C.M.C.



Garvey consulta nerviosamente el reloj pulsera. Esperan el automóvil que les conducirá hasta el helicóptero que los llevará a los brazos de sus padres en la Base Naval. Hoy ya en Miami reafirman sus palabras de entonces, "todo fue una experiencia maravillosa".

cinto y pie en el monte, el inolvidable soñar despierto de ser héroes. Entusiasmados aún, dispuestos a repetir la intrépida intentona, predican entre chanzas y risas de retorno, quizás más olvidados de los libros que nunca:

—¡No más estudios! ¡Nosotros queremos ser revolucionarios! De la fuente de soda, hasta el Pico Turquino

Garvey y Buelhman irrumpen súbitos en una sobria salita de una casona santiaguera. Son par de rostros sonrientes, todavía con las

huellas de la fatiga de una jornada prolongada:

—Aun estamos cansados. Tuvi-mos que caminar siete u ocho horas en dos noches seguidas para llegar a Santiago de Cuba.

A poco aparece Bob Taber, el sa-gaz corresponsal de la Columbia Broadcasting System, con menos li-bras pero con más cámaras foto-gráficas que nunca. El pelirrojo Garvey, dirigiéndose a Jay Mallin de Time-Life y a mí, exclama:

—¡Ese es el héroe! El hombre

Presto a cumplir el compromiso contraído a la bajada de la cordillera embravecida, Garvey tiene un encargo para la prensa cubana: "lo primero que quiero que usted diga es que Fidel Castro está en la Sierra Maestra y tiene mucha gente".

Su regreso, como antes su ascen-so a la Sierra Maestra, tiene hon-da repercusión política y publicita-ria en un pueblo en tensión perma-nente y en una época de predomi-nio de la opinión pública. A toda pupila imparcial el episodio es una maniobra magistral, que devuelve a la montaña en silencio a la actualidad criolla en toda su inten-sidad polémica y que sitúa a la dramática nacional en la atención primera de la unión norteamerica-na.

—Nunca nos habían retratado tanío, —comentan sonrientes con manifiesta ingenuidad mientras la cámara funciona incesantemente.

Garvey y Buelhman son muchachones de físico basto y sesos lige-ros, que confiesan que en plena Sierra Maestra añoraban por oír en los radios la estridencia inso-portable del rock and roll y las pe-riplecias del bate de Mickey Man-tle con los "Yankees". Todavía en

high school, carecen de la madurez política del criollo, abatido desde temprano por la intranquilidad ambiental, ni conocen los dolores cubanos pese a dos años de resi-dencia en la Base Naval de Guan-tánamo.

—Oímos hablar por vez primera de Fidel Castro cuando desembarcó por las costas de Oriente, —admiten sinceros, aunque hoy deslum-brados por la personalidad del audaz capitán del "Gamma"

Más tarde se oía de sus labios este relato, mezcla de rebeldías románticas e incontrolable aventure-rismo:

—Sabíamos de los peligros a en-carar, advertidos de antemano, pero queríamos contribuir a liberar a Cuba. No nos gustan las dic-taduras y aspirábamos a brindar nuestro aporte modesto a la causa democrática.

Vivieron ochenta y cuatro días en el abrupto macizo, pistola al







Aun la prensa desconocía la noticia de su regreso, pero horas más tarde como en ocasión de su ascenso a la Sierra Maestra, serían motivo de los principales cintillos de los periódicos cubanos y de los títulos más destacados de los diarios de Norteamérica.

## “LO PRIMERO QUE QUIERO... (Continuación)

que entrevistó a Fidel Castro en el Pico Turquino.

Taber viene risueño, satisfecho, eufórico, y antes de permitir el comienzo de la inquisición reporterial, cuenta su última travesura fotográfica:

—Llevé antes que ustedes llegaran a Michael y a Vic a un paseo por la ciudad y nadie los reconoció. ¡Figúrese!, les tomé una fotografía junto a un policía.

Taber se retira. Quedamos fren-

te a dos informadores distintos: Garvey, más joven, pero más preciso; Buelhman, más locuaz, pero más ligero. Pronto se empieza el interrogatorio, que se prolonga a dos horas: respuestas concretas, evasivas discretas, anécdotas sabrosas y facetas dramáticas.

—Es mejor que partamos del día de la salida, —sugirió Garvey a su compañero de travesura.

Y así comenzó el relato.

(Continúa en la Pág. 96)



“No hay una disciplina rígida en el campamento rebelde, prima más bien un ambiente de camaradería, donde todos somos hermanos unidos hasta la muerte”, —refieren los jovencitos norteamericanos de regreso de la montaña.



Acabado de incorporar, el conjunto posa ante la cámara del intrépido Bob Taber. Son caras nuevas que vienen a engrosar el ejército rebelde y que motiva esta expresión de los americanos: “Fidel tiene mucha gente en la Sierra Maestra”.



Internados en los montes orientales, los rebeldes de Fidel Castro se mantienen en entrenamiento constante. “La Montaña puede estallar en cualquier momento”, —insinuó Garvey quizás con indiscreción.



Tres rebeldes practican con una ametralladora Mendoza de fabricación mexicana. Los jóvenes a la derecha y a la izquierda acaban de llagar, el hombre al centro es un entrenador veterano.

Garvey y Buelhman estaban todavía en la Sierra Maestra. Entonces eran miembros de un pelotón fidelista que se mueve activamente en las montañas, pero que nunca sostuvo un encuentro con las tropas del Ejército.



rios. Ryan, muchacho inteligente, se inspiró en la lectura de patricios norteamericanos publicadas en *The Reader's Digest*, para unirse a los fidelistas de Guantánamo con quienes trabajaba hacia meses y más tarde nos invitó a ir a la Sierra Maestra.

Garvey y Buelhman, ávidos de aventura asintieron con prontitud. Poco sabían de la situación cubana:

—Conocía del malestar político por las fotografías publicadas en los periódicos sobre el asalto a un cuartel en Matanzas.

Ryan reunió a Garvey y Buelhman en una fuente de soda de la Base Naval de Guantánamo el domingo 17 de febrero. Comían perros calientes y tomaban helados, "Los últimos en mucho tiempo" en espera de la llegada del "contacto". Pronto comenzó el peregrinaje por Santiago de Cuba y Manzanillo, que culminó con la aparición de dos camiones misteriosos en las estribaciones de la montaña a principios de marzo: hombres y armas que llegaban a los rebeldes.

—Lo primero que nos hicieron fue pelarnos, —recuerda Garvey añorando su melena de corte "Elvis Presley".

Antes de llegar al campamento rebelde se tomaron las fotografías espectaculares de los tres jóvenes con el uniforme insurrecto publicadas por la prensa extranjera y se les brindaba instrucción en el manejo de las ametralladoras. Su incorporación no se produjo hasta el 3 de marzo.

—No vimos a Fidel los primeros días. Creo fue sobre el 15 de marzo que nos invitó a comer. Tuvimos que dar una caminata de siete horas para encontrarle por la noche. ¡Pero bien valió la caminata!, pues comimos unas costillas de puerco deliciosas.

Garvey, entusiasmado con el caudillo revolucionario, pasa a describirlo reflejando su admiración en el brillo de sus ojos azules:

—Era un hombre fuerte, de barba abundante, que se esforzaba porque comprendiéramos su inglés. ¡Es la personalidad más recia que he conocido!

La vida cotidiana del campamento contrastaba con la placidez de los hogares de la Base Naval, pero los chiquillos no se desanimaban. Dormían a la intemperie, comían carne, viandas, vegetales y frutas, cubrían largas jornadas a pie y practicaban con las armas recién entregadas.

Buelhman todavía tiene recuerdos vivos de la experiencia inolvidable en la montaña:

—Caminamos un día diecisiete horas, con cortos intervalos para descansar. A veces era difícil, pues llevábamos mucha carga.

Garvey hace una observación interesante:

—Me impresionó mucho ver la tropa conservar su ánimo, pese a largos recorridos con pesos de cientos de libras en la espalda.

Al producirse su incorporación, los jóvenes norteamericanos recibieron un rifle automático y más tarde un revólver calibre 38, pero después se les envió a adiestrarse en el uso de las ametralladoras.

—A mí me sorprendió la cantidad y variedad de las armas, —dice Buelhman. Recuerdo que Ryan se enamoró de una ametralladora Thompson y Fidel se la regaló.

Tras una pausa para aceptar un helado que le traía Taber, el quinto de la tarde, Buelhman agregó:

—A mí, un campesino me regaló su revólver. A los pocos días de la

llegada lo encontré en un camino y viendo mi interés por su arma, se despojó del cinturón y me la regaló. Me dijo algo, pero yo no le entendí.

Garvey salta para destacar la generosidad de los "guajiros":

—Mi boina la use poco, pues un hombre me obsequió un sombrero y yo lo llevaba al estilo mambí, con el ala alzada, como gratitud a esa gente.

—Yo le puse a mi rifle "Miguel", —prosigue Garvey— y Chuck grabó en el mango del suyo "Sandra", el nombre de su novia que dejó en la Base Naval.

Tanto Mallin como yo, fracasamos en una averiguación importante: ¿Cuántos hombres hay en la Sierra Maestra? Pese a su aparente ligereza, los muchachos se mantienen discretos, sin una palabra concreta. A la insistencia replican al unísono:

—Eso es secreto de guerra. Sólo puedo decirles que hay mucha gente y que a diario se rechazan voluntarios, pues no hacen falta. Estoy seguro que si Fidel necesita más soldados los tendría inmediatamente.

Garvey no puede contenerse y se le escapa este augurio:

—La montaña puede estallar en cualquier momento.

Garvey y Buelhman destacan la moral que prima en el campamento revolucionario, donde la disciplina rígida está sustituida por la camaradería, donde "todos somos hermanos unidos hasta la muerte".

Los tres jóvenes se mantuvieron en la misma patrulla las primeras semanas, más tarde se envió a Ryan a un puesto más responsable. Nunca participaron en ninguna escaramuza bélica ni sufrieron en su permanencia en la montaña los efectos de los bombardeos militares.

—Yo vi el casco de una bomba, —refiere Buelhman.

Sobre su compañero Ryan dice:

—Fidel lo ascenderá a teniente, cuando hable más español. Chuck es un muchacho inteligente que habla muy bien. Ya lo verán en la entrevista que le hizo Bob para CBS, que dice en su primer pronunciamiento público en sus deseos de ser algún día Gobernador de Massachusetts.

A escondidas de sus padres marcharon de la Base Naval y aún no conocían cual sería su reacción al retorno. Garvey comentaba horas antes de volver a su hogar:

—No creo que el viejo me reprenda. Yo le expliqué en las cartas que le mandé, el por qué de mi actitud y creo que sólo cumplí con un deber.

Garvey y Buelhman dicen que escribían a sus casas con frecuencia, aunque reconocen la dificultad de encontrar papel y pluma. Niegan saber la apelación de regreso enuncrada los primeros días y que sólo tenían noticias de la gestión del Arzobispo de Santiago de Cuba por el radio.

—La gente de la Sierra Maestra tiene radio y recibe periódicos todos los días.

Buelhman, que se lamenta de no haber escuchado un rock and roll en las estaciones de la Florida y Louisiana que captaba, tiene también otra queja insistente:

—La comida era buena, Fidel que pagaba todo lo que se consumía procuraba complacernos en todo. Sólo había un fallo: teníamos radio y no refrigeradores, por tanto no se podían tomar helados.

Sobre sus recuerdos gastronómicos, Garvey contó:

—¿Sabe que un día comimos carne de caballo? Es difícil establecer una diferencia cuando se tiene hambre.

Taber logró conciliar sus preocupaciones reporteriles con la gestión de retorno de Garvey y Buelhman, menores de edad. Ryan, con veinte años prefirió quedarse por más tiempo.

Los muchachos explican su súbito regreso:

Fidel nos pidió que volviéramos por razones legales. Somos menores de edad y si algo nos pasa pudiera perjudicarlo. Además nos encomendó la misión de decir que estaba aún en la Sierra Maestra. Nosotros hicimos lo que creíamos mejor para el Movimiento.

Triste, apesadumbrado, nostálgico, Garvey baja la cabeza. Marchó a las montañas en una aventura que quizás quiso nunca concluyera. Allí quedan recuerdos imborrables y afectos nuevos.

—Al pobre Chuc le gustan mucho los *sandwiches* de jamón y queso. Yo le prometí que comería cinco y tomaría varias latas de cerveza en su nombre. Sin embargo, no tuve fuerza suficiente para irme a despedir de él, en el momento de partir.

De los últimos minutos Buelhman dice:

—Dejé en regalo mi colección de paisajes cubanos de cajitas de fósforos. Fidel nos obsequió una lata de leche condensada para cada uno.

Garvey, Buelhman y Taber emprendieron el regreso el domingo 5. Tres jornadas largas por entre montañas, valles y ríos les permitió llegar a una carretera donde les esperaba un automóvil.

—Al subir a la Sierra Maestra no vimos un soldado. A la bajada esquivamos a un centenar.

## EN CUBA...

(Continuación)

Muchos, entre dichos muchachos, habían dejado la vida en el camino. Otra porción considerable se encontraba en la cárcel. Centenares afrontaban la azarosa existencia de los perseguidos, mientras numerosos de ellos se dispersaban por las rutas del exilio.

La colina universitaria, desierta y callada, era un símbolo de la época. En lo alto de la escalinata, en el dintel del frontón griego del rectorado, la estatua del Alma Mater parecía alzar sus brazos en un gesto desolado. Ya apenas volaban las palomas.

La última semana había sido de lucha y duelo. Esta vez, la consigna vestía dimensión continental, cumpliendo los acuerdos de la Confederación de Estudiantes Latinoamericanos, con sede en la distante ciudad de La Plata, Argentina. Los días 8, 9 y 10 se escenificó el paro de protesta.

El llamamiento de la FEU apareció suscrito por Ramón Prendes, presidente, y Angel Quevedo, secretario de prensa, los nuevos timoneles sobre quienes recaía la grave responsabilidad de cuidar la herencia cívica de Echeverría y Fructuoso Rodríguez.

—Estén presentes, como siempre, compañeros cubanos, ante el nuevo llamado del deber y así podremos proclamar al mundo como Martí lo hiciera: "¡Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera la patria se unirá el mar del Norte al mar del Sur y nacerá una serpiente de un huevo de agulla!"

A su turno, los diferentes organismos representativos del alumnado de la segunda enseñanza fue-

## LO PRIMERO QUE QUIERO...

(Continuación)

—Poco sabíamos del Movimiento 26 de julio Vic y yo, — refiere Garvey recogiendo las mangas de su camisa deportiva para destacar los bisceps— pero nos entusiasmaron los cuentos de Chuck Ryan sobre la bravura de los expediciona-